

Ronald Coase, Premio Nobel de Economía en 1991, señala en su libro “Essays on Economics and Economists”, que (mi traducción), “los economistas estamos dispuestos a dar consejos en temas sobre los cuales sabemos muy poco y sobre los cuales nuestro juicio es falible, mientras lo que tenemos que decir y que es importante y cierto suele ser muy sencillo –tan sencillo que, de hecho, no requiere profundos conocimientos de economía para ser entendido. Lo que resulta muy decepcionante es que son estas simples verdades las que con tanta frecuencia se ignoran en la discusión de la política económica”.

El libro que hoy nos convoca es una destacada excepción a lo que plantea Coase. Con gran rigurosidad analítica y una pluma privilegiada, Rodrigo Botero no cesa en su empeño por recordarle a un amplio público aquello sobre lo cual nuestra profesión hace años alcanzó amplios consensos. Las ventajas del libre comercio o de una tasa de inflación baja y estable, son temas que ya prácticamente no se discuten en la academia. No por ello debemos creer que se trata de propósitos afianzados entre la comunidad o entre los hacedores de la política pública. Al contrario, son esos precisamente los temas en torno a los cuales no debemos ni podemos bajar la guardia. Los escritos de Rodrigo se proponen y muchas veces logran mantener a raya a quienes tienen la responsabilidad de diseñar y ejecutar la política pública.

En el prólogo a su colección de artículos periodísticos publicada bajo el título de “Keys to Prosperity: Free Markets, Sound Money and a Bit of Luck”, Rudi Dornbusch señalaba que el trasfondo ideológico de sus escritos era muy sencillo. A saber, “problemas complejos suelen tener soluciones sencillas”. Cuando uno lee los sesudos análisis de política económica que hace Rodrigo, plagados con ese fino sarcasmo con que suele referirse a las propuestas de política económica que frecuentemente provienen de los políticos o de los grupos de interés, es evidente que él comparte el marco ideológico de Dornbusch. Haríamos bien todos los economistas colombianos en declararnos escépticos de las soluciones complejas, soluciones que en la mayoría de los casos no hacen más que empoderar en el diseño de la política

económica a los menos capacitados para tal fin. Como profesión no debemos temerle a que nos acusen de “simplistas”, “generalizadores”, “alejados del mundo real”.

Son muchas, y probablemente crecientes en el tiempo, las veces en que bajo el ropaje de proteger supuestos grandes intereses nacionales, la política económica en nuestro país no ha hecho más que reflejar la captura del Estado por parte de importantes grupos de presión. Con una exquisita prosa, en este libro Rodrigo nos recuerda la enorme frecuencia con la que cruciales decisiones de política pública no se han hecho de forma transparente e impersonal como debería ser, sino más bien de manera poco clara, en ocasiones casi que con nombre y apellido. Cosa recurrente eso de darle “soluciones complejas” a problemas de carácter general.

En diversos aspectos el país se ha movido hacia adelante en los últimos años. En otros no. Basta comparar la institucionalidad monetaria y cambiaria con la fiscal. En 1991 el país dio un importantísimo paso adelante al otorgarle autonomía al Banco Central. Atrás quedó la época de las tasas de cambio diferenciales, de los fondos de fomento con tasas de interés subsidiadas, de las Resoluciones de la Junta Monetaria mediante las cuales se otorgaban cupos de emisión a sectores específicos cuando no a empresas específicas. Hoy el banco sigue políticas generales e impersonales. En ocasiones cuestionables por supuesto, pero nunca bajo la sospecha de que se hacen para favorecer a una empresa, a un sector, a una región.

Cosa bien diferente lo que sucede en el frente de la política fiscal, donde pululan las exenciones tributarias, donde subsidios a diferentes sectores rara vez se otorgan con una clara justificación técnica, donde solo algunos privilegiados, usualmente escogidos tras bastidores, gozan de los beneficios de la estabilidad tributaria. Mientras la política monetaria se ha vuelto transparente e impersonal, la fiscal se ha vuelto crecientemente personalista, casi que al detal. Cuestionable forma de hacer política pública, seguramente una manera muy eficiente de hacer política.

Hace ya casi 40 años Rodrigo Botero y otros visionarios fundaron Fedesarrollo, uno de los bastiones de la tecnocracia colombiana. No me cabe duda que Rodrigo continua siendo el principal fanático de la institución y ciertamente uno de los más dedicados a asegurar que ésta siempre cumpla con el mandato establecido por sus fundadores: velar por mejorar la calidad de la política pública, sin involucrarse en la política partidista.

Quienes hoy tenemos el privilegio y la responsabilidad de dirigir Fedesarrollo sabemos muy bien que, como dice la propaganda de un prestigioso reloj suizo que con frecuencia se publica en la contracarátula del Economist, “usted en realidad nunca es dueño de un Patek Philippe, simplemente lo cuida para la próxima generación”.

Hay en este salón varias personas de la generación de Rodrigo, algunos de la mía y, afortunadamente, muchos de la que sigue a la mía. Pronto serán estos últimos los que tengan la responsabilidad de cuidar el reloj suizo que hace años concibió Rodrigo. Que este libro que hoy presentamos les sirva a ellos de ejemplo del gran servicio que le pueden prestar a nuestro querido país manteniéndose fieles a los principios económicos fundamentales, principios que con enorme facilidad son dejados de lado en virtud a que, inevitablemente, quienes hacen la política económica la mayoría de las veces también hacen la política.